

PIEDRA DE SUEÑO

En una vuelta de aquel tortuoso camino me encontré con una enorme piedra, ovalada y lisa como el lomo de una ballena. Me recosté sobre ella y me quedé dormido.

Soñé con desiertos grises de polvo, selvas enmarañadas y largos caminos que comunicaban los diminutos pueblos diseminados en aquellos paisajes infinitos.

Pero además, soñé que aquella piedra sobre la que yo dormía no era en realidad una piedra, sino una argamasa formada por la superposición de los sueños de quienes, alguna vez, habían dormido sobre ella. Y que si yo también era capaz de dejar allí mis sueños, otros podrían, algún día, soñar su propio sueño sobre el mío.

**©Marcos Zimmermann
1998**

EL DINERO

En aquel tiempo, el dinero era el rey. Era el sol de los pobres y el látigo de los ricos. Era el músculo de los débiles, la razón de los usureros, la justificación de los vagos, la mortalidad de los bebés de pecho de los ranchos y una manera de uniformar a los diferentes. Era, además, la nomenclatura de las guerras y la imposibilidad de los ancianos. Era el deseo de los púberes, la contrapartida de la inocencia de los niños y el fiel de tantos aspectos de la vida.

Per el dinero era, también, la muleta de los feos, el afán de los encarcelados y la única razón de vida, de muchos. Era el llanto de las madres con hijos muertos por las guerras del dinero, el dolor de las vaginas laceradas por abortos comprados y las llagas de los viejos sin dinero que poblaban los hospitales públicos. Era la moneda de cambio de los carceleros, la posibilidad de los incapaces con dinero, la enorme cantidad de ineptos saludados con reverencia —saludado su dinero— y la noción escasa de lo que la vida trae, propone y brinda. Era, también, la falsa imaginación de los poetas no sublimes pero famosos y una pésima forma de medir el corazón de los humildes.

No era, en cambio, la vida, ni la alegría, y ni siquiera era la muerte a tiempo. No era la ayuda solidaria, la noción del dolor, ni la humilde discrepancia de la duda. No era una razón contenta, jubilosa, o excelsa. No era la juventud de miembros erectos porque sí en la noche o la pasión de los apasionados, ni podía reemplazar la alegría de los besos en la boca. No demostraba atracción o siquiera envidia por lo que era bello, ni probaba, al menos, que lo que todos deseamos es inexistente. No era ni la corroboración de leyes físicas, ni el sonido del futuro. Y, ni siquiera, el golpeteo de los animales abuelos desde abajo de las tumbas de sus hijos, también muertos; o el miedo a ese vacío.

Tampoco era la mecánica de las cosas, aunque lo pareciera. No era la razón del silencio de los microbios, ni el ruido de los corazones desde adentro. No era el amor, el dolor apretado de los olvidos, ni los recuerdos incurables. No era la magia de los animales monocelulares que resuelven todo de una buena vez, en una sola decisión, en un solo deseo y, por ende, no necesitan más que esa sola célula. No era ni siquiera la mortaja de algún pasado odiado, ni el horror de los muertos que flotan en la conciencia de los generales de la dictadura. No era la vida, no era el amor, ni era el deseo. No era nada importante y, sin embargo, dominaba las conciencias de aquella época triste.

Porque, detrás del horizonte, en cada casa, detrás de cada dolor y de cada sentimiento solitario y escondido, detrás de las desidias y de los glóbulos que vibraban al unísono en las canciones de amor, antes de que el alba cantase su luz y dijera la verdad de la vida, después de que los jóvenes se amaran a escondidas, siempre que los jueces dictaban sentencia sobre el pasado o sobre los vivos, antes de cada batalla de guerra religiosa o de cada animal

cuereado sobre los cardos en el campo, junto a las eyaculaciones entre amigos o luego de los arrepentimientos; él estaba presente: cándido, solo y criticado pero, al fin, amado por la época... con cara de no tener nada que ver y escondiendo sus excesos... brillante, universal y, ante todo, amigo de los que sin él no eran nada, allí estaba: ¡el dinero!

**©Marcos Zimmermann
1999**

LA CRECIENTE

En las islas, todos parecían llorar a mares. Pero en realidad no lloraban. En verdad sus ojos estaban rojos de tanto mantenerse despiertos; pero no lloraban. Es más, en realidad reían. Y esa risa frente a semejante desgracia no tenía otro sentido que el de hacer fuerza para que sus esperanzas no cesaran, para que la ilusión no dejara de acompañarlos en esos techos inseguros sobre los que estaban refugiados, y que surgían solitarios en medio del río furioso y marrón que los cercaba.

Allí sentados, y con tanto tiempo para pensar, nadie olvidaba el pasado. Nadie olvidaba los dibujos que dejaban en sus rostros las ramas del monte en época de seca, ni los cortes en las manos que hacían los bordes de las riendas endurecidas por el sol en el verano. Nadie olvidaba la época en la que todavía había loros, o el tiempo de las uras. Nadie olvidaba los momentos en que los patrones llegaban a los ranchos y desnudaban uno a uno a los niños para luego pesarlos, ponerles inyecciones, hacerles promesas y decirles cómo ser en el futuro. O, cómo las mujeres de sus patrones repartían comuniones por las casas y ofrecían dádivas a los curas del pueblo en los almuerzos de las estancias. Nadie olvidaba cómo esas limosnas desaparecían primero en los bolsillos de esos curas para finalmente ir a parar los bolsillos de jóvenes que se vendían por dinero a algunos de esos mismos sacerdotes de noche, en los barrios más apartados del pueblo —un mecanismo conocido por la mayoría y escondido por todos, pero que brindaba, de ese modo extraño aunque finalmente sabio, felicidades dobles o triples: hacía felices a los curas, después a esos muchachos y, finalmente, a sus familias necesitadas. Nadie había olvidado la forma de cortar los higos de los árboles dormidos bajo el sol del verano a la hora de la siesta, ni cómo acunar a los más pequeños resguardándolos del calor y de las moscas, bajo los aleros. Y mucho menos habían olvidado cómo eran los patios de sus casas y los árboles de la lejanía, antes de esta crecida artificial y desmesurada.

Sentado sobre el techo de su rancho, Nemesio Sanabria, pensaba todo eso mientras dormitaba escuchando una cumbia en un walk-man que, debido a la vejez de las pilas, sonaba lento. Hacía ya tres días que, desde allí, él apoyaba con palabras alentadoras a sus vecinas que, con el mismo chillido que lanzan los chanchos cuando van hacia la muerte, gritaban de miedo cada vez que pasaba un animal muerto flotando por delante de su propia casa, sobre cuyo techo estaban refugiadas también ellas.

Pero, también, luego de tres días, Nemesio Sanabria esperaba que las cosas no continuaran siendo tan adversas por demasiado tiempo. No quería convencerse que el destino fuera de un color tan opaco aunque, por otro lado, sentía que su suerte lo había olvidado, que sus ruegos no eran escuchados por nadie y que los pedidos al cielo de toda aquella gente que lo rodeaba, se esparcían por el agua sin encontrar su objetivo ni saber, siquiera, su destino.

Nemesio se despertó de repente, con un grito de su bisabuela, mezclado con un estrépito:

—¡Nemesio, despertáte!... ¡Te vas a caer!!! —gritó Obdulia de Aguirre, apoyando su grito con varios golpes que dio sobre las chapas del techo, con un palo.

Nemesio Sanabria se sobresaltó. Y, ese sobresalto, lo salvó de caer en la corriente turbia, que pasaba debajo suyo, a través de lo que antes había sido el único cuarto de aquel rancho. Frente a sus ojos, el río tenía la forma de un mar desproporcionado. Acostado desde donde estaba, y rodeado por su único tesoro —un redoblante que había comprado hacía pocos meses y que había rescatado de la creciente— Nemesio Sanabria podía ver a Ángela Zabala, su novia, sobre el techo del rancho de enfrente, muerta de pánico. Ella también lo miraba, sentada sobre una caja de cartón que contenía los pocos electrodomésticos que, a su vez, las mujeres de esa otra casa, habían alcanzado a salvar del agua.

Ninguno de los dos podía hacer nada por el otro. Cercados por ese mar irreductible, mirándose de techo a techo, ambos dejaban desprender sus sentimientos a través de las miradas que se cruzaban como dardos, y que sorteaban esas cabezas de animales que pasaban flotando cada tanto. Era en esas miradas en donde se decían todo lo que jamás habían podido decirse frente a frente; no por temor, sino por falta de tiempo. Y, no apartaban sus ojos de sus ojos sabiendo que, en cualquier momento, los postes de pindó que sostenían los techos de sus ranchos podían ceder.

En medio de aquellos pensamientos, Nemesio Sanabria volvió a cabecear. Desde atrás, Obdulia de Aguirre volvió a golpear el techo y a gritarle:

—¡Nemesio!...¡Nemesio! ...¡Dale!... ¡No te duermas que te vas a caer al agua!!!

Pero, en verdad, la vida había decidido de antemano su suerte. Por eso, a pesar de los gritos de Obdulia de Aguirre, Nemesio Sanabria cedió al sueño. Ella quiso sostenerlo, pero tres días de vigilia habían horadado sus fuerzas. Por eso, finalmente el vuelo tenue, discreto y sencillo del sueño se apoderó de la cabeza de Nemesio Sanabria. Su cuerpo giró despacio sobre sí mismo y lentamente se deslizó por el techo de paja hasta hundirse en ese río oscuro y furioso que se lo llevó. Obdulia de Aguirre sólo alcanzó a tomar, con la punta de los dedos, el auricular de su walk-man. Y el río arrastró a aquel joven hacia un lugar en el cual despertó, de golpe, aturdido por los últimos globos de aire que salieron de su boca, de su alma y de sus alvéolos, erizados frente a las bocanadas de Paraná que le entraron en su pecho, agigantado de antemano por el amor.

Así, de golpe, todo ese espacio que había entre su esternón y su espalda se transformó en un río y, también, en un campo de batalla. Sus pulmones cambiaron los recuerdos de amor por los de los de los instintos, encogieron los músculos de cada célula de ese tejido esponjoso, y dieron batalla.

Pelearon. Todo lo que pudieron. Pero no pudieron. Y, Nemesio Sanabria, se ahogó.

Un bulto oscuro que, al girar, dejó ver una tetilla negra, se alejó flotando, dando fin a una batalla perdida por la gente como él, desde hace muchos siglos: desde siempre. Y, Ángela Zabala vio cómo la corriente se llevaba a su novio: Nemesio Sanabria. Cómo, el mismo río que hacía poquísimo la había despertado a ese amor, ahora se lo quitaba.

Por un momento tuvo una esperanza. Por un momento le pareció ver cómo descendían las aguas, y cómo Nemesio Sanabria la saludaba alegremente desde el otro lado del terraplén del sur. Pero con el siguiente trueno, esa esperanza se desangró. Y su sueño se disolvió en medio de aquella enorme masa de agua que no respetaba, no sólo la vida... sino, ni siquiera, los sueños de aquella joven que todavía no había cumplido los catorce años.

**©Marcos Zimmermann
2000**